

El final del simulacro y la “serena rebelión cívica” de Muñoz Molina

Reseña de: Muñoz Molina, Antonio, *Todo lo que era sólido*, Barcelona, Seix Barral, 2013, 256 pp.

MIGUEL ÁNGEL GIMÉNEZ MARTÍNEZ

Universidad de Castilla-La Mancha

Fecha de recepción: 31 de octubre de 2013

Fecha de aceptación: 31 de marzo de 2014

Fecha de publicación: 1 de septiembre 2014

Revista Historia Autónoma, 5 (2014), pp. 165-168. e-ISSN:2254-8726

Demasiado a menudo, los historiadores olvidamos el conocido aserto de Benedetto Croce relativo a que “toda historia es historia contemporánea”, lo que quiere decir que esta disciplina consiste esencialmente en ver el pasado con los ojos del presente y a la luz de los problemas de ahora. Olvidando la función primordial del historiador, que no consiste en amar el pasado ni emanciparse de él, sino en dominarlo y conocerlo como clave para la comprensión de la actualidad, la historia ha caído con frecuencia o bien en un coleccionismo de irrelevantes anécdotas remotas, o bien en un relato complaciente y teleológico adecuado a algún oscuro propósito inmediato. Sin tratarse de un libro que pueda encuadrarse dentro de los límites de la *historia académica* —ni pretenderlo en absoluto—, *Todo lo que era sólido*, de Antonio Muñoz Molina, nos recuerda el propósito que debiera perseguir una obra que posa su mirada sobre el ayer y está dirigida a la magullada sociedad de la segunda década del siglo XXI: contribuir a una reflexión profunda sobre el estado de cosas actual, que está fundamentado sobre unos determinados hechos y procesos históricos.

Exhibiendo esa prosa ágil y precisa presente en *Beatus Ille*, *Beltenebros* o *Sefarad*, que lo ha convertido en uno de los narradores referenciales de nuestro tiempo, Muñoz Molina realiza un recorrido a través de los últimos cuarenta años de la historia de España, deteniéndose en los más variados aspectos políticos, económicos, sociales y culturales que han condicionado el nacimiento, desarrollo y crisis del régimen surgido tras la muerte de Franco. Un relato que se sitúa deliberadamente al margen del debate historiográfico

ortodoxo y cuyas fuentes casi exclusivas son los recuerdos y las vivencias personales. Es precisamente la memoria crítica —y autocrítica— del autor la que impulsa el desarrollo del texto, evitando la tan frecuente autocomplacencia cuando se habla de la transición y de la democracia actual: este es, sin lugar a dudas, el principal valor de este trabajo. No obstante, Muñoz Molina es consciente de que “la memoria es mucho más frágil e infiel de lo que parece”, razón por la cual acompaña su análisis con una catarata de datos económicos aparecidos justo antes del estallido de la crisis en *El País*, periódico en el que colabora con asiduidad y que reconoce seguir comprando a diario “más bien por militancia sentimental”. El resultado es un fresco del redivivo *Retablo de las maravillas* cervantino en que se había convertido la España del tránsito finisecular, amedrentada, hechizada y aturdida por un dinero que entonces parecía fluir sin límites.

Aunque, efectivamente, se trata de una obra que habla de un pasado *ya remoto*, el texto se encuentra extraordinariamente influido por el presente y tiene el objetivo declarado de movilizar a las generaciones más jóvenes. No en vano, las primeras líneas se empezaron a escribir en la España indignada del 15 de mayo de 2011, un país que había olvidado lo pobre que era tan solo unos pocos años antes y que bailaba encantado al son de sus líderes, quienes habían desactivado los mecanismos de control legales y arrinconado a la minoría crítica de *aguafiestas*. Muñoz Molina considera que, en buena medida, los anhelos de la transición fueron traicionados por una clase dirigente, tanto de izquierda como de derecha, que cayó, entre muchos otros *pecados* —desgranados de forma implacable a lo largo de los ciento cuatro breves capítulos que componen el volumen—, en dos capitales: el nacionalismo y el sectarismo político.

Especialmente crítico se muestra con el primero de ellos: la extensión de la *superstición nacionalista* y la tiranía de las *identidades colectivas*. Esta exaltación, en su vertiente centrífuga, se ha apoyado en un constante retorcimiento del pasado mítico-simbólico, en un proceso de *envejecimiento del presente* que se halla reflejado en la *infecta prosa* de los preámbulos a los Estatutos de Autonomía, “género literario sometido a un injusto anonimato”. Un nacionalismo que se sostuvo en la degradación deliberada de la educación y el fomento abierto de la ignorancia, en la pertenencia ciega a un pueblo mitológico y no en la responsabilidad de una ciudadanía plural. La otra gran lacra de la democracia española ha sido el protagonismo de los políticos, cuya opulencia vergonzante se ilustra de manera magistral con la descripción del ridículo boato de la Exposición Universal de 1992 y las fastuosas comitivas que hubo de recibir el autor en su etapa como director del Instituto Cervantes de Nueva York. En este sentido, Muñoz Molina se muestra honesto ante el lector, pues no soslaya su propia responsabilidad como parte de una prensa adicta siempre dispuesta a dar resonancia a la opción que más pagaba.

En el origen de esta situación se sitúa el cultivo de una irresponsabilidad colectiva, la inexistencia de una tradición democrática —“éramos antifranquistas, pero no demócratas”— y la falta de una pedagogía adecuada después de largos años de dictadura. Y es que “cuando la

barbarie triunfa no es gracias a la fuerza de los bárbaros sino a la capitulación de los civilizados”. El resultado ha sido la creación de una sociedad bipolar y sectaria, habituada al grito y al imperio, a odiar mecánicamente al otro, incapaz de poner en cuestión lo proveniente de la propia *tribu* y empeñada en no ceder nunca, en no cambiar jamás de opinión. El autor achaca a este fenómeno la creciente hipocresía entre lo que se piensa y lo que se dice —¿cómo entender si no la negativa a reconocer la magnitud de la crisis en 2008?—, provocada por el miedo de los individuos a quedar aislados ante un disentimiento que se considera una traición a *los nuestros*.

Aunque los datos de la burbuja económica eran alarmantes mucho tiempo antes del descalabro, la ceguera colectiva impidió tomar medida alguna para detener lo que era ya, en palabras de Muñoz Molina, “una estafa y una alucinación colectiva”. La comparación entre el hoy de los desengaños y el ayer en que todo era sólido resulta, a su juicio, brutal. La España de las obras faraónicas ha dado paso al conocimiento de una corrupción masiva que llena las páginas de los periódicos; el deterioro irreversible del paisaje tras décadas de especulación urbanística —la destrucción de la “memoria visual”— ha generado una fealdad medioambiental reflejo de una aguda “fealdad de espíritu”; y los recortes en las áreas fundamentales —no en las fiestas y en la suntuosidad de la Administración— han generado un país más injusto, que paga las gravosas facturas del pasado mientras todavía sigue gobernado por “toscos segundones”. Antes había dinero y no importaba nada; ahora no lo hay e importa todo. “Ha terminado el simulacro”.

El autor vuelve la mirada a otros países y, sobre todo, a Estados Unidos, que conoce bien. En este sentido, aunque no cae en la burda explotación de los tópicos de la *leyenda negra* y tiene en cuenta la existencia de elementos que no caben ser imitados —seguridad social insuficiente, sistema penal cruel, desigualdades interclases, racismo—, echa en falta con una mezcla de nostalgia y admiración la existencia en nuestro país de una identidad inclusiva y de una responsabilidad personal consistente.

En cualquier caso, para Muñoz Molina no debemos caer en determinismos y fatalidades como la de Ángel González, quien comparaba la historia de España con una morcilla, “que está hecha con sangre y se repite”. Al fin y al cabo, esta no es la primera etapa de incertidumbre que atravesamos. A pesar de “la neutralidad abstracta de los relatos históricos de hoy [...] que convierten en desenlace necesario lo que en la vida real es indeterminación y azar”, en la noche del 23 de febrero de 1981, por ejemplo, también estuvo todo a punto de perderse. Ahora bien, no hay que conformarse con la “normalidad de lo monstruoso”: siempre es posible cambiar de rumbo. Hace falta, concluye el autor, una “serena rebelión cívica” que se asemeje al “movimiento americano por los derechos civiles”.

Según el académico ubetense, esta rebelión consiste, primero, en tomar conciencia de la fugacidad de las cosas, entender que la democracia y el Estado del Bienestar son fenómenos recientes, que no siempre estuvieron ahí y requieren de un compromiso para su defensa. En

segundo lugar, atemperar las “identidades rocosas” y sustituirlas por identidades fluidas, flexibles e integradoras, necesarias para llegar a acuerdos —aquí introduce el contraejemplo de la II República— y entender al otro sin necesidad de claudicar. Y, por último, no seguir dando pábulo a la “pedrería verbal” cultivada por los políticos durante este tiempo, sino tomar como paradigma a imitar a los empresarios que han generado prosperidad, a los profesores que “han mejorado para siempre la vida de sus alumnos”, a los jueces que han procesado a los corruptos y, en definitiva, a “todos aquellos que han amado lo que hacían y han ejercitado su profesión con sentido del deber y conciencia de que estaban contribuyendo en algo al bienestar común, a la solidez de la vida civil”.

Es en este punto donde la sagacidad del diagnóstico de Muñoz Molina se convierte en un alegato moderado y pragmático, que no se engaña con ilusiones revolucionarias o radicales, muy consciente de que no hay certezas y de que todo es imprevisible en última instancia. En este sentido, la obra finaliza con una exhortación general —de claro perfil apaciguador— a construir desde los pequeños gestos cívicos la recuperación de los “territorios de soberanía usurpados por la clase política” y a superar el robo generalizado, la supremacía de la incompetencia, el ensanchamiento de la brecha entre los pobres y los ricos, entre los beneficiarios de una educación de calidad y los destinados a la ignorancia y al atraso. Algo que, según el autor, solo conseguirá el médico recetando las dosis exactas de fármacos, el barrendero dejando la calle limpia, el periodista asegurando la veracidad de sus informaciones y el historiador esforzándose en “contar las cosas como fueron y en desbaratar los embustes y las leyendas que nunca dejan de difundir los intoxicados por las ideologías”.